

alza un montecillo cónico de unas setenta varas de altura, con laderas lisas, negras y muy empinadas; y termina con una boca casi circular de unas veinte varas de diámetro, por la que vomitaba sin cesar una columna de humo espeso, y un vivísimo resplandor. En lo profundo, y como si dijéramos en las entrañas de la tierra, se oía un ronco hervor, semejante á la respiración de un coloso aherrojado; y de rato en rato, con un intervalo muy corto, después de una detonación horrenda, como la descarga cerrada de un batallón, ó el estruendo de una pieza de grueso calibre, lanzaba un río de llamas, que se perdían entre el humo á cuarenta ó cincuenta varas de altura, iluminando en torno los horizontes, y con ellas millares de piedras de todos tamaños encendidas, que abriéndose como un plumero, y elevándose á grande altura, caían luego como un granizo y con horrible ruido, en las laderas del montecillo, rodando por ellas hasta apagarse ó perderse en los arroyos de lava que lo circundaban, hacían el efecto de las chispas de un fuego de artificio de gigantes.

El cráter del Vesubio estaba la noche que yo lo examiné cual lo acabo de describir; pero varió de forma muy á menudo, y en las grandes erupciones desaparece esta conca, y todo su espacio forma la inmensa boca que arroja humo, llamas y peñascos encendidos, y ríos destructores de lava ardiente, que resonando se derrumban ya por un lado, ya por otro de la montaña, llevando la desolación y el exterminio á muchas leguas de distancia.

El cansancio nos obligó á echarnos en el suelo de aquella cresta sobre la blanda ceniza; pero pronto advertimos que estaba abrasando, y lanzando un vapor sulfuroso que nos ahogaba. Levantámonos más que de paso, y fuimos á buscar descansaderos más fresco. En la mitad de la bajada del cráter, lo encontramos en un enorme peñasco, donde tomamos seguro asiento y reparo contra el viento, que era fresco y penetrante en demasía. Algunos de la caravana no se contentaron con esto y bajaron con gran dificultad al fondo de aquella conca á observar de cerca los arroyos de lava, que como culebras de fuego serpentaban en torno del montecillo. Gran riesgo corrió por cierto uno de los curiosos, pues debajo de los pies se le quebró la costra de lava y se vió muy á pique de hundirse en el abismo del volcan.

¡A cuántas consideraciones filosóficas, á cuántos recuerdos históricos da ancho campo el examen detenido del Vesubio!... Es ciertamente un enano si se le compara con el Etna, y con otros volcanes de América y Asia, pero ninguno de ellos es tan famoso, ó bien porque está más á la mano, y donde se le visita con facilidad, ó porque ha ejercido sus rigores contra victimas más célebres y más conocidas, ó en fin, porque ninguno ofrece mayor interés á las investigaciones de los naturalistas. Sus erupciones han descubierto claramente cómo se forman los terrenos plutónicos y han enriquecido la mineralogía con mil especies nuevas, y con singulares cristalizaciones, que figuran al lado de las piedras preciosas.

Todo es mudable y perecedero en la cima, en las laderas, en los contornos del Vesubio. Sus convulsiones subterráneas y sus erupciones han variado completamente la configuración del terreno que señorea. Ya ha presentado nuevas bocas, ya no ha dejado ver ninguna. Ya se han alzado colinas en la llanura, ya han desaparecido otras. Ya han retrocedido las playas dejando nevadas ensenadas y acodos, ya han entrado mar adentro formando nuevos cabos y promontorios. Así que la configuración del terreno de Nápoles y de su golfo, es enteramente distinta de la que le dan las descripciones que de ella hacen los antiguos. Pompeya, por ejemplo, era puerto de mar, y las ruinas de aquella ciudad desventurada, yacen hoy cuatro millas distantes de la marina.

Parece lo más conjeturable que el Vesubio se alzó del seno del mar, formando un solo cuerpo con la montaña de Somma, y que ardió en la más remota antigüedad. Apagado después por muchos siglos, disminuyó sus primitivas dimensiones, y se cubrió de vegetación. Consta que en una cueva que en él había se escondieron ochenta y cuatro gladiadores de la conjuración de Espartaco; y que en tiempo de Augusto era una apacible colina cubierta de viñedos y de árboles frutales. En el año 79 de la era cristiana volvió á levantarse bravo y destructor, y como repuestas sus fuerzas con tan dilatado sueño; y destruyó á Pompeya, Herculano, Stabia y otras ciudades y aldeas; dando nueva configuración al terreno, causando la muerte de Plinio el mayor que quiso examinar de cerca aquel cataclismo, y ofreciendo ancho campo á la proverbial beneficencia del gran Tito.

Treinta y seis erupciones ha tenido el Vesubio desde entonces acá. En la del año 472 lanzó tan abundantes cenizas, que oscurecieron el cielo, y llegaron, impulsadas de un recio poniente, hasta Constantinopla. En la del año 1036 volvió á arrojarse lava. Pero la más terrible de todas fué la de 1631. Los

historiadores de aquel tiempo hacen de ella una descripción espantosa, y refieren que perecieron más de diez mil personas en los villajes, casales y campos que arrasó la lava. Hacia más de cien años que no daba señales de vida el monte y creían completamente extinguido el volcan, pues según el abate Bracini, estaba reducido á una loma poco elevada, y en su cima, donde ni aun señales había de cráter, y que estaba cubierta de frondosa vegetación, brotaban tres veneros de agua caliente. La elevación que hoy tiene el Vesubio la adquirió repentinamente en posteriores erupciones; en la de 1820 se elevó su cumbre prodigiosamente. Terrible fué la de 1737; se calculó la mole de su lava en un cubo de 113 toesas; aun se ve gran parte de ella hacia la torre de Greco. En la erupción del año 1760 se abrieron diez y ocho bocas que lanzaban fuego y lava en la falda del monte, muy cerca de la torre de la Annunciata, poniendo esta preciosa población en gran conflicto. En la de 1767 los sacudimientos del volcan fueron tales, que tembló la tierra veinte millas á la redonda. En la de 1794 la lava recorrió un espacio de tres millas y media, y entró más de cien varas mar adentro. El frente de este torrente espantoso era de más de cuatrocientas varas, y su altura sobre la tierra de cinco. En la erupción de 1822 llegó á ser de más de una milla el frente de la lava, y puso en gran peligro á Ressa, y otra vez á la torre de la Annunciata. En la de 1834 la masa de fuego rompió con estruendo espantoso hacia la aldea de Otajano, causándole daño incalculable. Desde entonces acá puede decirse que no ha habido erupciones, aunque haya arrojado fuego el volcan. pues la de 1839 que fué la última, no merece tal nombre, apenas lanzó lava, y no causó mal alguno.

Mientras duran las erupciones, se oye en la falda de la montaña un espantoso ruido subterráneo, semejante al hervor de una inmensa caldera; y algunos días antes de romper se secan las fuentes y pozos de los alrededores, y se nota algún movimiento en el mar. Algunas temporadas parece el volcan completamente apagado, sin arrojar su boca ni el más leve vapor; déjase entonces que duerme el coloso, y que descansa el genio exterminador que habita en sus entrañas; pero lo regular es que siempre lance humo en mayor ó menor cantidad. Algunas veces arroja ceniza en tanta abundancia, que anubla con ella completamente el sol; otras, arena en tal cantidad, que cae luego como una espesa lluvia por todos los contornos, y también ha lanzado á grande altura copiosos ríos de agua hirviendo. Pero el espectáculo más sorprendente y magnífico que presenta el Vesubio, es el conocido con el nombre del *Pino*. Es esta una columna de humo y de ceniza que se eleva perpendicularmente desde el cráter, á una prodigiosa altura, donde se extiende en torno en inmensa copa, formando la imagen del árbol que le da nombre. Plinio el jóven comparó ya con él este fenómeno, en la carta en que refiere á Tácito la muerte de su tío y la destrucción de Pompeya. Estas son sus palabras: *Nubes oriebat, cuius similitudinem et formam non alia magis arbor quam pinus expresserit, nam vetuli truncus elata in altum quibusdam ramis difundebatur*. El pino que arrojó la erupción del año 1822 se elevó en el aire más de seis mil varas, y su copa presentó al principio una circunferencia de más de tres millas, y se fué luego extendiendo de modo, que cubrió todo el cielo, causando tan espesas nieblas, que no las penetraron los rayos del sol, y hubo en Nápoles treinta y seis horas de oscurísima noche.

Las dimensiones actuales del Vesubio son unas veinte millas de circunferencia en su base y 3,600 pies de elevación sobre el nivel del mar.

No todos los volcanes arrojan lava, y ninguno lo ha hecho con más abundancia que el Vesubio. La lava es una masa de materias metálicas derretidas por la acción del fuego, y que forman una pasta fluida semejante al vidrio liquefacto, que rebosa por los bordes del cráter, y corre por las laderas hasta los valles, hasta la llanura, hasta el mar, arrasando cuanto encuentra. Afortunadamente camina muy lentamente aun por el mayor declive, y si encuentra á su paso algún muro no perforado con puertas ni ventanas bajas, se detiene y para á seis u ocho pasos de distancia, se hincha, y sin tocarlo, busca curso por uno ú otro lado; pero si hay puerta ó ventana, se precipita por ellas, y destruye el edificio. Cuando su torrente de fuego se acerca á un árbol, aun antes de tocarlo gime y estalla el tronco, y se secan y caen repentinamente las hojas, y arde el esqueleto con vivísima llama en cuanto le toca la lava.

Conserva esta el calor largo tiempo, y empieza á enfriarse cubriéndose de ásperas escorias su superficie. Fria del todo se hace pétreo y durísima y se cortan de ella losas con que están empujadas las calles de Nápoles y de todos los pueblos de la redonda, y grandes sillares para todo género de construcciones. Admite pulimento, y es capaz de todas las labores del más delicado cincel. Su color en este estado, es ceniciento oscuro con diferentes vetas.

También arroja el Vesubio cristalizaciones parti-

cularísimas que trabajadas por el arte parecen piedras preciosas, y que figuran como tales en los más ricos aderezos.

Embebidos en la contemplación del volcan, en recordar su historia, y en oír las vulgares tradiciones que en su dialecto particular nos referían los hombres de la montaña, se pasó rápidamente el tiempo, y empezó la aurora á esclarecer los horizontes. A su blanca luz perdió mucho de su efecto aterrador el fuego del volcan, pero se aumentó el del humo, que se elevaba en fantásticos nubarrones por el espacio. Y notamos entonces que no sólo sabía de la boca del montecillo situado en el fondo del cráter, sino que más ó menos espeso, brotaba por todas las grietas de la montaña, y hasta de las hendiduras de las peñas en que estábamos sentados.

El capataz de los guías nos manifestó que si queríamos gozar del espectáculo del sol naciente, debíamos apresurarnos á subir al más alto pico del borde del cráter que cae á la parte oriental del Vesubio. Subimos á él sin tardanza, enterándonos en la ceniza caliente hasta las rodillas, y tropezando con grandes peñascos de lavas, y al llegar á su cumbre se presentó á nuestros anhelantes ojos la más grande, la más magnífica escena del mundo.

El fresco viento de la mañana había barrido el cielo de nubes y despejado completamente la atmósfera. En aquella altura nos encontrábamos como entre el cielo y la tierra y respirando un aire purísimo. Clavamos en silencio los ojos en el oriente y vimos ceñido el remoto horizonte con una ráfaga de grana perfilada de oro, sobre la cual se dibujaban los contornos recordados de las erupciones de Nápoles, y por la torre de la *Nunciata*, donde dejando la ribera entramos tierra adentro por las cercanías de Pompeya, y al través de un campo delicioso, cultivado con esmero. Su feraz producción, y sus viñedos formando pabellones, festones y guirnaldas, enlazadas con los árboles pomposos y corpulentos de que está sembrada la llanura, forman un rico y risueño paisaje, de que es último término, por la izquierda, el majestuoso Vesubio, con sus laderas de esmeralda, y su penacho blanquecino de humo y ceniza; y al frente á la derecha, elevadas montañas cubiertas de arboleda y de casas de campo. En una hora llegamos á *Paganí*: esto es, recorrimos seis leguas castellanas, en cuyo tiempo no dejamos de mortificarme las dolorosas reflexiones á que daba lugar al ver en un país, que ciertamente no tiene fama de muy aventajado, caminos de hierro, escuadra, gran número de barcos de vapor, tierras cultivadas con asiduidad y maestría, casas de campo, gendarmes á pie y á caballo perfectamente vestidos custodiando los caminos públicos, poblaciones risueñas, limpias y bien empedradas, industria, tráfico, movimiento y vida, mientras que en nuestra patria tan grande, tan poderosa, tan rica y con tantos elementos para ser una de las primeras naciones de Europa, nada hay de esto, porque pierde el tiempo y se aniquila visiblemente en inútiles controversias y en encarnadas personalidades.

¡Cuántas emociones tan diferentes, pero tan grandes sentimos aquella noche y aquella mañana! Emociones que han dejado tan profunda huella en mi imaginación, que no se borrarán jamás. Si, habíamos visto las más admirables obras del Criador; habíamos contemplado lo terrible de su ira en la boca del infierno, en el cráter de un volcan, y lo grande de su beneficencia en la puerta del cielo, en el sol...

Ya era tiempo de descender del Vesubio, el calor empezaba con el día y dispusimos volver á dar reposo á nuestras almas y á nuestros cuerpos igualmente fatigados.

Desde aquella alta punta en que nos encontrábamos descendiendo, hasta lo más profundo del valle que separa la montaña de Somma del Vesubio, una lisa rampa de ceniza de unos 50 grados de inclinación. Por ella se deja uno ir con gran rapidez, y sin poderse detener dado una vez impulso al cuerpo. Así lo hicimos, y en diez minutos ó antes ya estábamos en la tierra de los mortales. Divertidísima es esta bajada, en que muchas veces se cae de espaldas ó se rueda, sin ningún daño, pero no sin burla y risa de los compañeros de viaje más diestros ó más afortunados. Ni hay en ello más peligro que el de encontrar soterrado en la ceniza algún pedazo de lava, contra el que es fácil romperse una pierna; ó el que algún grueso pedrusco ruede detrás del viajero, lo alcance, lo derribe y magulle.

Deshechas las botas, abrasados los pantalones, destrozadas las levitas y abollados los sombreros, nos encontramos en el valle, y por él anduvimos como unas dos millas para llegar al sitio en que la noche anterior dejamos nuestras caballerías. En ellas y por el mismo camino que trajimos, y que á la luz del día nos pareció mucho más empinado, áspero y peligroso, llegamos á la ermita. Hicimos un breve alto y continuamos molidos y soñolientos á Ressa. Allí tomamos nuestros carruajes que con gran rapidez nos condujeron á Nápoles á donde llegamos á las nueve y media de la mañana. *Nápoles 1844.*

VIAJE A LAS RUINAS DE PESTO

derecha una calzada magnífica construida á media ladera de los escarpados montes que forman la costa, y muy semejante á la que conduce de Calella á Barcelona, llegamos á *Nimuri*, pueblito de la misma fisonomía que el anterior, colocado tambien en las gargantas de un risueño valle. Dos millas después, y casi en igual posición, atravesamos á *Atrani*, población más grande que las anteriores, y patria supuesta del famoso Masanielo, y designado como su casa aun habitada y de pobre, pero limpio aspecto, una que ocupa un empinado risco, entre otras casi iguales que pueblan aquellos montes. Doblamos en seguida una punta donde están los restos de un antiguo castillejo, y llegamos á la famosa ciudad de *Amalfi*, á la que fué rival de Pisa, y émula de la opulenta Génova y de la poderosa Venecia; á la que tanta parte tuvo en las cruzadas, siendo fundadora en ellas de la célebre orden de San Juan de Jerusalén; á la que mereció en fin en el siglo X el pomposo renombre de *Reina de los mares*. Pero ¡cuánto han mudado los tiempos! Ni se concibe cómo un pueblo pequeño, capaz apenas de siete mil habitantes, colocado en la estrecha garganta de un pequeño valle, donde escasea apenas hay espacio para su actual caserío, rodeado de escarpados y altos montes con una reducidísima caía, sin fondo ni abrigo, abierta á los ponientes y á los sures, vientos violentísimos en estos mares, haya podido ser una ciudad de 60,000 almas, el almacén de las riquezas del mundo, y uno de los puertos más famosos y más concurridos de la antigüedad. — No, no se ve allí ninguno de aquellos vestigios de la opulencia y del poder, que se encuentran en otras ciudades decayidas ó arruinadas. — No hay ni una sola casa antigua, ninguna de gran capacidad; no existen ni aun fragmentos de murallas, de almacenes, de muelles, de malecones; de aquellas obras, en fin, indispensables en todo puerto mercantil, para abrigo de los bajeles, para resguardo de las mercaderías, para defensa de la riqueza, para albergue de la opulencia... Hasta cuesta trabajo el creer que hubo allí jamás poder y opulencia. En Pisa decayida y casi desierta se ven luengas y anchas calles, soberbios palacios, fuertes torres y murallas, magníficos puentes, muelles, malecones; en fin, el esqueleto de un gigante; pero en Amalfi... *Eliviam periere ruinae*. Sólo existen allí dos hubieran quedado vestigios en el mismo mar; y léjos de ello, la pequeña caía de *Amalfi* ofrece en toda su extensión un liso fondo de guijo y de arena, sin la menor huella de cimientos antiguos. — En esta ciudad se encontraron por acaso, y de resultados de un saqueo el año 1135, las *Pandectas* de Justiniano, y en ella nació *Flavio Gioja*, inventor de la brújula.

El *cicerone* que nos acompañaba, entendió sin duda que hacíamos estas reflexiones, y nos dijo muy grave, que la ciudad antigua estaba fundada sobre el mar y que este se la había tragado: acontecimiento de que no habla la historia, y de que hubieran quedado vestigios en el mismo mar; y léjos de ello, la pequeña caía de *Amalfi* ofrece en toda su extensión un liso fondo de guijo y de arena, sin la menor huella de cimientos antiguos. — En esta ciudad se encontraron por acaso, y de resultados de un saqueo el año 1135, las *Pandectas* de Justiniano, y en ella nació *Flavio Gioja*, inventor de la brújula.

Parece indudable que *Amalfi*, fundada en época muy remota, fué ocupada por los sarracenos la primera vez que invadieron la Italia: que los tiempos de su mayor esplendor fueron los siglos X y XI; que la conquistó Roger, duque de Calabria, y que su decadencia empezó en las encarnizadas guerras que sostuvo con sus vecinos los salernitanos; llegando á tal punto de apocamiento y desdicha, que fué completamente destruida por bandidos, que dos veces la entregaron á las llamas y la saquearon; y como su territorio nada produce, murió la ciudad en cuanto se rompieron sus telares, se hundieron sus almacenes, y dejó de ofrecer seguridad á los traficantes.

A la derecha de *Amalfi*, sobre elevadas rocas, mirando al mar, hay un convento de Capuchinos, al que se sube por una estrecha y penosa escalera de 270 escalones. Fuimos á él al anochecer, y al aproximarnos oímos los sonidos del órgano que hacían un efecto maravilloso entre aquellas peñas, cuyas formas rudas y colosales contornos presentaban una masa imponente y confusa á la borrosa luz del crepúsculo moribundo; recordamos algunas escenas de *Don Alvaro*, y entramos en la pobre y reducida iglesia, cuando los frailes en el coro cantaban completas. La robusta armonía del estrepito

instrumento y el canto llano de la comunidad, no dejaron de conmovernos á aquella hora y en aquel devoto, retirado y humilde santuario.

Pronto supo el guardian que había extranjeros en su convento, y envió á dos frailes á obsequiarlos y á hacer los honores de la casa. Nos ofrecieron refresco, que no aceptamos, nos enseñaron un claustro antiquísimo de toscas y pequeñas ojivas sostenidas por columnitas acopladas de gusto árabe, luego, á la luz de una hacha de viento, una magnífica espaciosa gruta que hay en el monte; y al retirarnos mandaron á un lego que con un farolillo nos alumbrase para bajar la escalera. No era ciertamente este lego el hermano *Meliton*, pues no desplegó sus labios en el largo tiempo que empleamos en la bajada.

Al acercarnos á la marina oímos un bandolin no mal tocado, y rumor de alegre algazara; pero como la noche era oscurísima, no pudimos columbrar de léjos ni al tañedor, ni á los que aquel bullicio causaban. Al llegar á la playa y al despedirnos de nuestro alumbrador, advertimos que el músico estaba en una barca varada en tierra, y que en su rededor unos cuantos marineros y mozas del pueblo bailaban á su manera. Todo esto á oscuras, lo que daba á la fiesta una apariencia muy fantástica. Entramos en una regular posada donde devoramos una abominable cena, y nos entregamos, rendidos de cansancio, á un profundo sueño.

Al día siguiente á las ocho de la mañana fuimos á ver lo interior del valle á cuya boca está situada *Amalfi*, y se llama *valle dei molini*. Es aunque de menos extensión, muy semejante al de *Tramonti*, poblado tambien de fábricas de papel, y tan risueño y tan pintoresco, aunque no tan fértil y productivo. En seguida en burros con silla y bridón á la inglesa, fuimos á *Atrani* (el último pueblo que atravesamos la tarde anterior) é internándonos en él, dejamos nuestras humildes cabaladuras, para subir á pie con gran fatiga y calor una penosísima escalera de dos millas de largo que sube á *Ravello*, pueblito fundado en una de las eminencias más elevadas de aquel monte, y desde donde se alcanza una espaciosa y magnífica vista. Entre humildes casas modernas, se encuentran allí importantes vestigios de la pasajera dominación sarracena; y en varios trozos de muralla derruida, y en un patio que se conserva bastante entero, y en otros fragmentos interesantes, reconoció la infancia del arte, que se mostró luego con tanto esplendor en nuestra catedral de Córdoba, en la Giraldá de Sevilla y en los encantados palacios de Granada. Hay en la iglesia de *Ravello* unas puertas de bronce muy notables, un pulpito cuadrado y espacioso vestido de mosaico, y apoyado en seis columnas cuyas basas son toscos leones de mármol y varias lápidas de distintos tiempos. — Dejamos aquel empinado sitio, y bajando la prolongada escalera con gran cansancio, volvimos á cabalgar en nuestros inglesados asnos, y regresamos á *Amalfi*. Comimos con apetito, dormimos una larga siesta, y á las tres de la tarde salimos para Salerno. — Hay un camino á medio construir que siguiendo las sinuosidades de la escarpada costa, va de una ciudad á otra; pero es largo y penoso, y preferimos hacer el viaje por mar. Tomamos, pues, un ligero bote de cuatro remos, muy pintado de blanco, verde y encarnado, con su limpia carroza de cotonia blanca. Al salir de la posada dos padres capuchinos, de aspecto por cierto muy venerable, nos pidieron humildemente les hiciéramos la caridad de conducirlos á Salerno. Accedimos gustosos, y bajamos con ellos á la marina. La que se tituló *Reina de los mares* ha venido tan á menos, que no tiene ni aun un pobre muelle de madera en su arenosa playa, por lo que fué el embarque harto incómodo y desagradable, teniendo que verificarlo, sopena de meterse en el agua, ó por mejor decir en el fango hasta la cintura, en los robustos hombres de los marineros. Estaba el mar en leche, el cielo despejado y puro, cruzado por algunas ráfagas luminosas, la atmósfera en calma sin que la refrescara la más ligera ventolina. La barca empujada por los cuatro remos que meneaban á compás los robustos brazos de cuatro marineros, con camisas blancas como la nieve, calzoncillos cortos listados de azul y gorros colorados, como los que usan los catalanes, se deslizaba rápidamente por el cristalino golfo para doblar la punta del *Orfso*. Teníamos á la izquierda, como á dos

millas de distancia la costa escarpada de altísimos montes cubiertos de verdura y salpicados de blancas casas de campo, y *Atrani*, y *Ninuri* y *Majuri*, y otros risueños pueblitos colocados en las gargantas de los valles; y á la derecha la inmensidad del mar formando horizontes y confundiendo con el cielo por medio de una vaporosa niebla; formando todo un cuadro magnífico y melancólico. Los marineros como para no perder aliento, entonan en distintas voces nada discordantes, una canción en dialecto napolitano, con un tono monótono y lánguido muy semejante al de las playeras que se cantan en Andalucía. Los dos capuchinos sacaron sus breviarios, y en voz sumisa rezaron sus oraciones; y nosotros soñábamos despiertos y volábamos con la imaginación por mil fantásticas regiones, sumergidos en el más profundo silencio. Parecía aquella barquilla en medio del desierto golfo de Salerno, el emblema de los diferentes destinos que designó á los hombres la Providencia: el del trabajo, el de la oración, el del pensamiento; y todos dirigidos por el mismo impulso, y todos encañados al mismo fin. — A las dos horas de travesía, cuando ya los marineros fatigados y deshechos en sudor, lanzaban cada vez que los remos impelían un hondo quejido, como para reanimarse y bogar á compás, cuando los religiosos concluidos los rezos, terminada por aquel día su misión sobre la tierra, dormitaban sin curarse de su suerte, y cuando nosotros al fin y al cabo hombres del mundo y del placer, juzgábamos ya impacientes que duraba mucho aquel viaje, doblamos la punta del *Orfeo* y luego la de *Tianulo*, y nos encontramos en Salerno.

Es ciudad capital de provincia, de muy buen caserío, de muy cultivados y feraces contornos y de unos treinta mil habitantes; pero tampoco hay en sus playas navales, ni resto alguno de su antiguo poder naval. Desembarcamos, pues, como nos embarcamos en *Amalfi*, esto es, en hombros de los fatigados marineros; y enterrándonos en arena hasta las rodillas, y subiendo unos montecillos también de arena, y despidiéndonos de los capuchinos que quisieron besarnos la mano con la mayor humildad y gratitud, entramos en un magnífico parador (Hotel de l'Europe) á cien pasos de la ciudad, sobre la ribera. Su mueblaje y servicio son completamente á la inglesa; ocupamos en él una elegante y cómoda habitación, con sus correspondientes alcobas.

Serian las cinco y media de la tarde, y estábamos sentados en un balcón voleado que da sobre el mar, cuando llegó nuestra carretela con cuatro caballos, pues habíamos dejado encargado en Nápoles viñese aquel día á buscarnos á Salerno, y nos sorprendió agradabilísimamente el ver en ella al amable duque de Montebello, embajador de Francia, que venía á nuestro encuentro para tomar parte en el resto de nuestra expedición.

Mucho celebramos la llegada de un personaje tan instruido, de tan amena conversación y de trato tan dulce y agradable. Reunidos con él, aprovechando lo que aun quedaba de día, fuimos á recorrer la ciudad y á visitar su catedral. Nada presenta notable en su exterior. Súbase á la puerta principal por seis escalones; y se entra en un patio cerrado y claustrado con columnas de diferentes tiempos y labores, todas antiguas y algunas traídas de las ruinas de Pesto, ignorantemente saqueadas para la construcción de esta iglesia. Al rededor del patio hay varios sepulcros antiguos de épocas distintas, y trozos de vasos, de aras, de entablamentos y de capiteles, hallados en aquellas inmediaciones. El templo es espacioso y dividido en tres naves; el piso es de mosaico, obra mucho más antigua que el edificio, renovado casi en su totalidad á últimos del siglo XVII. Dos gallardas columnas de pórfido traídas de Pesto, forman el ingreso del presbiterio, donde hay otras dos de verde antiguo, sirviendo de pedestales á dos imágenes. El púlpito es cuadrado y espacioso, sostenido por seis columnas de jaspe, y revestido de preciosos mosaicos, como lo están también los pilares de la capilla mayor, siendo el dibujo de unos y de otros de gusto arábigo, advirtiéndose ser trabajo de obreros árabes, bajo la dirección de arquitecto italiano.

— En una capilla antiquísima, único resto del antiguo edificio, y cuya cúpula de mosaico con muy buenas figuras se construyó por mandato y á expensas del famoso *Juan de Prócida*, libertador de Sicilia, está el sepulcro del papa Gregorio VII, el célebre Hildebrando; su busto de piedra descuellera sobre la urna en que se conservan sus huesos. — Debajo del altar mayor, que tiene un rico frontal de plata donde está muy bien esculpida entre follajes y labores de buen gusto la cena de Leonardo de Vinci, se conserva en una antiquísima bóveda revestida modernamente de mármoles el cuerpo de San Mateo evangelista. Su imagen de metal de Corinto, y casi del tamaño natural, ocupa el retablo. También en una capilla inmediata está el tajo en que cortaron la cabeza á San Cayo, natural de Salerno. — Hay allí dos sepulcros notables; son sus adornos relieves antiguos del mejor tiempo griego, representando el uno el triunfo de Baco, y el otro los placeres de la vendimia, y disenanan grandemente por su labor y su asunto con los toscos bus-

tos de la Edad media, el uno de un caballero y el otro de un obispo, que se ven tendidos sobre tan profanas urnas, en donde yacen sus restos cristianos. También descuellera aislado en otra capilla, el sepulcro de Margarita de Anjou, reina de Nápoles; es de extraña forma y de singular construcción; parece una cama colgada. — Sólo hay en la iglesia dos cuadros dignos de atención, del célebre *Andrea Sabatini*, conocido vulgarmente por *Andrea de Salerno*, discípulo muy aventajado de la gran escuela de Rafael. Representa el uno á Cristo muerto en los brazos de la Virgen, rodeado de la Magdalena, de San Juan y de un ángel mancebo. El otro la adoración de los Reyes. Ambos son de un mérito superior por su composición sencilla, por su dibujo bello, correcto y expresivo, y por el magisterio de sus paños y claro oscuro.

En cuanto avisté á Salerno aquella tarde desde el mar, me vino al pensamiento el célebre mágico Pedro Bayalarde, protagonista de cinco famosas comedias de tramoya de nuestro teatro, que no carecen ciertamente de mérito, que nos encantaron en nuestra niñez, y que siempre vemos representar con gusto. Hablan de este profesor de ciencias del siglo XII Bernino en su historia de las herejías, y Monseñor Parnelli en sus cartas. Mas yo deseaba saber alguna anecdota tradicional del tal nigromante, y la memoria que se conservaba de él en su patria. Ocurrióseme que el scricristan que nos estaba enseñando la catedral, y que se ostentaba erudito en antiguallas, podría tal vez satisfacer mi deseo, y le pregunté si tenía noticia de *Pedro Bayalarde*. No me entendió por lo españolizado de este apellido; pero cuando insistiendo le añadí que era un famoso mágico de antiguos tiempos: «Enseñaré á usted, me dijo con viveza, el Santo Cristo á cuyos pies murió contrito y perdonado, y una relación auténtica de este suceso:» — y nos llevó á una capilla cerrada con una verja, y en cuyo altar está un antiquísimo crucifijo de escultura bizantina y del tamaño natural. Mientras contemplábamos la venerable imagen, el scricristan descolgando del muro una tabla antigua, con una inscripción manuscrita, no muy moderna, y en muchas partes borrada: «Aquí están, dijo, consignadas importantes noticias de aquel gran pecador, que consiguió la divina misericordia en los últimos momentos de su vida.» — Ya apenas se veía, por lo que encendiendo una vela del altar en una lámpara inmediata, examinamos á su trémula luz aquel rancio documento con gran dificultad. Dícese en él que *Pedro Bayalarde* ó *Barliario*, de noble familia y de gran saber y maestos prologos con ayuda de los demonios, y siendo ya de 93 años de edad, empezó á angustiarse contemplando tantas almas como había perdido, y viendo la suya condenada para siempre; y que habiendo venido entonces dos solirinos suyos á su casa, se fueron á solazar á la librería de su tío: que en ella hallaron libros muy grandes con caracteres diabólicos y espantables, de cuya vista asustados exclamaron: *Dios nos valga!* y que entonces alzaron tan espantosos alaridos los demonios que en la estancia y entre los libros estaban, que cayeron muertos de terror los imprudentes mancebos. Acudieron al ruido el nigromante y su mujer, y aterrados de tan horrible caso, resolvieron quemar los libros, y pedacitos á los pies de aquel crucifijo, ante quien parándose tres días y tres noches derramando lágrimas e hilando el pecho con un canto, al cabo de los cuales, sintiéndose morir, preguntó á la imagen si estaba perdonado, y la imagen moviendo la cabeza le demostró que sí, y en el mismo instante expiró el contrito *Ballardo*. Ocurrió este milagro el 25 de marzo de 1141, y fué enterrado el nigromante, con su mujer que se llamaba *Agrippina*, á los pies del crucifijo que estaba entonces en otra iglesia que ya no existe. Esto es en sustancia lo que refiere la tabla con grandes digresiones, máximas morales, textos de Escritura, etc., etc.

Estaba ya entrada la noche cuando salimos de la catedral; paseamos un rato tomando el fresco, en la plaza del palacio de la intendencia, que da sobre la marina, y nos retiramos luego á la posada, donde cenamos bien y alegremente, bebiendo dos botellas de exquisito manzanilla, que nos había traído el duque de Montebello.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, salimos de Salerno, y por un camino ancho y llano, atravesamos una feracísima y bien cultivada llanura, cubierta de abundantes trigos y de lozanos maizales de secano, teniendo á la izquierda como á seis millas de distancia, altos montes, y á la derecha el mar. A medida que nos alejábamos de la ciudad, iba siendo el país menos hermoso y poblado, y la vegetación más mezquina y dificultosa. Caminábamos con la mayor rapidez y pronto llegamos al riachuelo *Sele*, dicho antiguamente *Silaro*, y de cuyas aguas dicen que tienen la virtud de petrificar cuanto se sumerge en ellas. Ya se están construyendo en sus orillas los pilares para un puente de hierro, muy necesario ciertamente, pues se pasa ahora por una malísima y peligrosa barca. Entramos en seguida en un campo extenso y llanísimo, cubierto de juncos y carrizales que crecen

entre cenagosos pantanos, donde como para dar un aspecto más tético y salvaje al país apacientan un gran número de búfalos con sus crías. A medida que avanzábamos, conocíamos la influencia del mal aire (*aria cattiva*) que reina en aquel territorio, pues sentimos un ligero dolor de cabeza, dificultad en la respiración, y un sueño casi inevitable. Fumando buenos cigarros habanos, y charlando lo más alegremente posible, programos despabilarnos, y á las tres horas de haber salido de Salerno, conocimos estar ya en *Pesto*, porque nos llamaron la atención á alguna distancia las ruinas del *Templo de Ceres*. Son un gran pórtico cuadrilongo con trece columnas acanaladas y sin basa, en cada lado mayor, y seis en cada lado menor ó frente. Todas sostienen entero el arquitebe y entablamento, y en las dos fachadas, frontones ó frontispicios triangulares. El carácter sencillo, severo y grande de este edificio nos dejó sorprendidos, é ibamos á arrojarlos del carruaje para examinarle más de cerca, cuando reparamos en el colosal y magnífico *Templo de Neptuno* que está unos trescientos pasos más adelante; y sorprendidos y extasiados en su contemplación, ni nos volvimos á acordar del *de Ceres*; y de pie en la carretela, ni aun palabras teníamos para mandar parar ó aligerar el paso al cochero. Este, que no participaba sin duda de nuestro entusiasmo, siguió, sin curarse de las ruinas, hasta la venta donde paró sin necesidad de que nosotros lo le mandásemos. Apénonos apresurados y por impulso uniforme nos examinamos al *Templo de Neptuno*, acompañándonos ya en un *cicerone*, que se apoderó de nosotros en cuanto salimos del carruaje, como un ángel, bueno ó malo, se apodera de un alma en cuanto sale de esta vida.

Sorprendente es, en verdad, la vista del *Templo de Neptuno* de Pesto, de aquel edificio colosal de tan puro gusto, de tan severo y majestuoso aspecto, en que se ven sillares de tan pasmosas dimensiones, y que se conserva con más de tres mil años de antigüedad, tan entero, tan dispuesto á durar hasta el fin del mundo; parece el emblema de la eternidad, y si la ignorancia de los hombres no hubiera tomado de él materiales para otras construcciones, que ya han desaparecido, ó que perecerán muy en breve, acaso estaría aún cual salió de la mente del arquitecto que lo construyó.

El *Templo de Neptuno* de Pesto es un cuadrilongo de 60 varas de largo y 25 de ancho, formando pórtico; cada lado menor, ó fachada, consta de seis columnas que apenas pudimos abrazar cuatro hombres, acanaladas, construidas de varios trozos, estribando, sin base alguna, sobre una ancha gradera de tres escalones, ya casi cubiertos por el terreno y maleza, y terminadas en toscos capiteles sencillos y sin ornato alguno, que sostienen anchos y macizos arquitebes y entablamentos adornados de trozos su arquitebe, entablamento y cornison. Dentro de este pórtico y subiendo una alta grada, cna trozos gruesos machones en los ángulos, dos columnas un poco más pequeñas en los frentes y siete en cada lado, constituyen el recinto interior. Estos machones y columnas sostienen también sus arquitebes y sobre ellos un segundo cuerpo de columnas del mismo estilo, aunque más pequeñas, destinadas sin duda á sostener la techumbre que ya no existe.

El carácter peculiar de este magnífico resto de la más remota antigüedad, es el de la grandeza y solidez. Se ven en él los primeros pasos, primeros sí, pero ya seguros y atrevidos, del arte, que algunos siglos después debía inventar el majestuoso orden dórico, y construir el *Partenon* de Atenas. El *Templo de Neptuno* de Pesto, es pesado pero de tan exactas y bellas proporciones, que su pesadéz es elegancia y desaparecen al contemplar el total del edificio la demasiada robustez de sus columnas, la masa enorme de sus capiteles, la anchura y espesor de sus arquitebes, el vuelo arrojado de sus cornisas. Otra circunstancia particular da á estas ruinas mayor encanto; el color que conservan. Todas las demás que he visto, no de tiempos tan remotos, y aun las otras que existen en el mismo *Pesto*, presentan una tinta plomiza, fría y negruzca, ó un color de hoja seca que destruye el efecto del claro oscuro; pero el templo que acabo de describir, construido de piedra marina, y habiendo estado cubierto de una especie de estuco, de que aun conserva restos en algunos parajes, tiene un color amarillo oscuro, muy semejante al del corcho trabajado, que resalta notablemente á los rayos del sol, y que lo destacan de la atmósfera ó de los campos cubiertos siempre de verdura, en que descuellera. Después que recorrimos muy á nuestro sabor todo aquel inmenso esqueleto de piedra, que medió su extensión, que notamos aun el más pequeño accidente de su fábrica, y hasta de las yerbas parásitas que lo adornan, sentimos que nuestros estómagos desfallecían, y que no era el entusiasmo alimento suficiente para ellos. Próvidamente, el amable embajador de Francia se había traído con-

sigo un *paté de foie gras* y unas cuantas botellas de *Champagne*, con lo que sentados en las gradas del imponente coloso, y desde él contemplándonos treinta siglos, restauramos nuestras fuerzas para no temer la *aria cattiva*, y seguir examinando aquellas ruinas venerandas.

A cien pasos del templo de Neptuno está el *Pórtico*, edificio sin duda destinado para grandes reuniones públicas. Es un cuadrilongo de unas sesenta varas de largo, sobre veintiocho de ancho, rodeado de cincuenta y ocho columnas mucho más pequeñas que las del templo de Neptuno y que las del *de Ceres*, también acanaladas, sin basa, y con capiteles del mismo gusto, aunque más pulidos y labrados, demostrando desde luego tanto estas como los arquitebes de todo el edificio, ser este mucho más moderno, y de época en que el arte había dado ya algunos pasos. Dentro de este recinto, abierto por todos lados, hay en un terreno un poco más alto, otra hilera de columnas iguales con parte del arquitebe, y yace en tierra un capitel colosal y de muy buena labor, perteneciente á otra construcción, y que no se sabe cómo ni cuándo vino allí.

Las ruinas del teatro y del circo se reducen á meros cimientos, algunos entablamentos con bajos relieves, casi soterrados, trozos de afustes de columnas de varios tamaños, y mutilados capiteles: todo perteneciente á época menos antigua. También se conservan los fundamentos y algunos derribados trozos de las primitivas murallas, véanse en ellas sillares de más de ocho varas de largo, y tan bien unidos entre sí, que forman una sola mole; abrazan un espacio de más de dos millas, y aun duran los restos de dos puertas de la ciudad, de un coneducto y de algunos sepulcros muy bien conservados.

La fundación de *Pesto* se pierde en la más remota antigüedad. Autores hay que la atribuyen á los etruscos, en aquellos tiempos en que se asegura que eran la única nación civilizada del mundo. Otros la creen de los fenicios y cartagineses, que parece lo más probable; y algunos dicen ser de los pelagosos, sin faltar quién la imagine obra de los egipcios. De todos modos, el templo de Neptuno, el de *Ceres*, y las murallas de la ciudad, cuentan á lo menos tres mil años de existencia, y eran ya ruinas al comenzar la era cristiana. (Gran privilegio de las obras del arte! Pasan generaciones y generaciones, desaparecen y se olvidan los imperios; y los versos del poeta, y las piedras que amontonó el arquitecto, y los mármoles que cincela el escultor, viven, duran y van á buscar la consumación de los siglos: aun nos encanta la *Iliada* de Homero, aun adornan al mundo las pirámides de Egipto y las columnatas de Pesto.)

Esta insignie ciudad de que nos quedan tan notables fragmentos, tuvo el nombre de *Posidonia*, acogió á los argonautas y recibió en su puerto á Ulises; fué ocupada por los sibaritas y los lacanos, sometióse ya en decadencia á la República Romana, bajo cuyo poder acabó de perder su importancia, y los restos de su grandeza, y última mente fué saqueada é incendiada por los sarracenos. Al abandonarla la fortuna, la abandonó también el mar, pues consta que fué un buen puerto, y hoy se le va más de dos millas tierra adentro. No se sabe cuándo empezaron á ser insalubres sus campos y pernicioso su atmósfera. Antiguos poetas latinos celebran la amenidad de sus jardines y la benignidad de su cielo; pero Estrabon dice ya que sus aires eran pesados, y sus aguas corrompidas y pestilenciales. Criáse espontáneamente en aquel territorio rosas particulares de gran belleza y fragancia, y que florecen dos veces al año. Muchos vasos de gran dimension y de exquisito gusto, y varias armas griegas y cartaginesas encontradas allí, adornan hoy el magnífico y rico museo de Nápoles.

En una ahumada y miserable venta que nos recordó mucho las que á cada paso se encuentran en España, entramos á descansar de nuestra fatigosa correría, el tiempo necesario para que los caballos concluyesen de comer su pienso; y los escasos habitantes de aquella casi desierta comarca, vinieron á pedirnos limosna, pálidos, hinchados, contrahe-

chos, víctimas en fin de la insalubridad del territorio. No puede explicarse porqué estos desdichados que yacen allí en miserables chozas y mezquinos casucos esparcidos por aquellos campos, y que viven de la caridad de los extranjeros que van á visitar aquellas ruinas, no prefieren excitarla con mejor probabilidad en las calles y plazas de Nápoles, ó ir á arrastrar su miseria y su desmudez donde á lo menos el aire les sea saluífero y donde no aumenten sus desdichas con la mayor de todas: la enfermedad.

Volvimos á entrar en nuestra carretela, y con la misma rapidez que habíamos venido, y por el mismo camino regresamos á Salerno, notando al paso que nos alejábamos de *Pesto*, la cabeza más descomulgada, más libre la respiración, y más salubres de la pernicioso influencia de las lagunas y cenagales. Atravesamos de largo á Salerno, y alejándonos del mar, y pasando por *Vietri*, lindísimo pueblito, ventajosamente situado, de muy buen caserío con anchas calles enlosadas y rodeado de huertas, bosques de moreras y casas de campo, llegamos á media tarde á la *Cava*, habiendo andado en todo el día más de 15 leguas.

La *Cava* es la antigua *Narsina*, situada en un risueño valle del monte *Melliciano*; tiene hermosas casas, y soportales en la calle principal. Sus alrededores son un verdadero modelo de cultivos, pues se ven tajadas las más altas laderas formando escalones con tapiales de mampuesto para contener la tierra, y en ellos espesos trigos, pomposos maizales, gallardos viñedos, y árboles frutales y de sombra, proporcionando una cosecha continua. En una magnífica posada fuera del pueblo, y en medio de un frondoso jardín, nos dieron una excelente cena; pero no buenas habitaciones por estar llena la casa de antemano con otros viajeros.

A la mañana siguiente muy temprano, fuimos á pie al antiguo y famoso monasterio de la *Trinidad*, del orden de San Benito, situado á una legua de la *Cava* en una apacible y apartada quebrada de aquellos montes. El camino que serpentea por entre espesos matorrales, frondosas hayas y gigantescos castaños, admite carruajes aunque es muy tortuoso y bastante empinado. Llegamos allí fatigados, por que el día empezaba caluroso. — El aspecto del monasterio no descubre que lo sea á los ojos del anhelante viajero. Yo que esperaba encontrarme entre aquellas asperezas con un edificio del siglo X, de ruda arquitectura bizantina, con altas torres, con macizas murallas, medio convento, medio fortaleza, quedé descuajado y frío al verme delante, no la mansion antigua y solitaria de sabios y retirados cenobitas, sino la casa de campo modernísima de un banquero de Nápoles. Tal parece el monasterio de la *Trinidad*, de construcción reciente, con ancho y simétrico ventanaje, con las paredes revocadas de amarillo y sus persianas pintaditas de verde gay. Entramos en la iglesia que nada tiene de antiguo ni notable: pasamos luego al claustro, que tampoco parece claustro, y preguntamos por el reverendo abad. Rehacio estuvo el lego portero en facilitarnos la entrada; pero así que dijimos quiénes éramos, se apresuró á conducirnos á una ancha y mansa escalera, precediéndonos anheloso para dar aviso al Prelado. Recibíonme este con dignidad y agasajo en su aposento, compuesto de varias piezas decentemente amuebladas. Es persona de cerca de setenta años, no muy alto, delgado, de modales finos y señoriales; su nimia poltruidad, y el escapulario y la cogulla, y la cruz abacial pendiente al cuello de un cordón de oro, le dan un aspecto muy noble y respetable. Ya conocía al duque de Montebello, quien nos presentó á él en toda forma. En cuanto supo quién yo era, se dirigió particularmente á mí con la mayor atención y urbanidad diciéndome que tenía el gusto de que vivieran en su monasterio tres monjes españoles de mucho provecho, los que al instante se me presentarían, como era de su deber; y hablando aparte á un lego de su séquito, le mandó los llamase inmediatamente.

Entre los adornos de la vivienda, no celda, abacial, me llamaron la atención los cuadros de primer orden que la adornan. Penden de sus paredes con buenas molduras antiguas de talla dorada, una Virgen con el niño, casi de tamaño natural, sentada sobre nubes y rodeada de ángeles; un bautismo de N. S. Jesucristo de la misma grandeza; y los cuatro evangelistas de medio cuerpo, obras todas del ya mencionado *Andrea Sabatini*, ó de Salerno, y que podrían pasar por de los primeros tiempos de Rafael. Dos cuadros apaisados de lo mejor de *Pietro Peruggino* que representan en figuras de á palmo, uno la adoración de los Reyes, otro la resurrección del Señor. Un Ecce homo de *Sebastiano Piombo* y una sacra familia pequeña, ó de lo más estudiado de Jordan, ó de las últimas obras de *Pietro Cortona*. No tardaron en presentarse los monjes españoles, con cierto encogimiento y susto, que se convirtieron pronto en cordialidad y alegría. Dos de ellos son catalanes, el otro gallego, y escaparon milagrosamente de la ferocidad revolucionaria. De aquellos el uno es un padre grave, el otro, por cierto muy avisado, catedrático en el monasterio de árabe y hebreo. El gallego cari-risueño y bonachón, es un excelente profesor de música, y por consiguiente el organista.

Con el Prelado y estos monjes, fuimos á examinar el célebre archivo en que existen más de *sesenta mil* pergaminos curiosísimos, siendo la fecha del más antiguo del siglo V; la mayor parte son longobardos. Hay entre otros códices muy importantes, uno antiquísimo con la historia y las leyes del rey Clotario, donde en rudas miniaturas se ven su retrato, el de su caballo de batalla, y de su favorito, y tiene además dos viñetas, una en que se presenta el mismo rey jurando el código allí escrito, y otra en que está comiendo con sus cortesanos; obras ambas de una mano, de bárbaro dibujo é infeliz iluminación; pero muy interesantes por la idea que dan de los trajes, usos y costumbres de la época. También posee aquel archivo una biblia latina manuscrita en el siglo VII, en la que hay un salmo más que en la Vulgata; y vimos con gusto allí dos antiguos devocionarios, uno escrito en Francia, otro en Italia, y ambos con preciosas letras labradas, doradas é iluminaciones y miniaturas: las de uno de ellos son copias hechas con mucha inteligencia, exactitud y primor, de pinturas de *Gioto Cimabue* y el Beato Angélico. Cuida estas preciosidades, que están muy bien custodiadas, y clasificadas con inteligencia suma, un monje cojo, muy ilustrado, que ha hecho investigaciones importantes sobre los escasos documentos de los siglos tenebrosos, y que tiene amena y chistosa conversación.

Desde el archivo fuimos al coro á ver y oír un excelente órgano moderno, que tocó con gracia y facilidad el duque de Montebello, y en que luego con gran maestría y buen gusto nuestro gallego hizo cumplido alarde de su destreza. Díonose el abad una excelente taza de café Moka y una deliciosa copa de narsasquino, y despidiéndonos de él y de los monjes paisanos, y de toda la comunidad que nos acompañó hasta el vestibulo, dejamos aquel monasterio en cuyo apacible retiro escribió el célebre Filangieri sus obras.

Almorzamos muy bien en la posada de la *Cava*, y por un hermoso camino entre casas de campo y apacibles colinas, muy molestandos por el polvo y por el calor, llegamos á *Nocera*. Es esta una ciudad antiquísima, pues consta que fué saqueada por Anibal. Tiene hermoso caserío, calles anchas y muy bien enlosadas, y amenísimos y sanos contornos. En ella nació el célebre pintor *Sotimena*, de quien tenemos muchos cuadros en España. — A las tres de la tarde salimos de allí por el camino de hierro para Nápoles, á donde llegamos á las cuatro y cuarto habiendo andado en tan corto tiempo siete leguas.

Hermosísimo país he recorrido, atravesado preciosas y cultas poblaciones, admirado magníficos puntos de vista, contemplado imponentes y venerables restos de la antigüedad más remota, disfrutado de un clima delicioso; pero los tres días que duró tan deleitoso viaje

gen con el niño, casi de tamaño natural, sentada sobre nubes y rodeada de ángeles; un bautismo de N. S. Jesucristo de la misma grandeza; y los cuatro evangelistas de medio cuerpo, obras todas del ya mencionado *Andrea Sabatini*, ó de Salerno, y que podrían pasar por de los primeros tiempos de Rafael. Dos cuadros apaisados de lo mejor de *Pietro Peruggino* que representan en figuras de á palmo, uno la adoración de los Reyes, otro la resurrección del Señor. Un Ecce homo de *Sebastiano Piombo* y una sacra familia pequeña, ó de lo más estudiado de Jordan, ó de las últimas obras de *Pietro Cortona*.

No tardaron en presentarse los monjes españoles, con cierto encogimiento y susto, que se convirtieron pronto en cordialidad y alegría. Dos de ellos son catalanes, el otro gallego, y escaparon milagrosamente de la ferocidad revolucionaria. De aquellos el uno es un padre grave, el otro, por cierto muy avisado, catedrático en el monasterio de árabe y hebreo. El gallego cari-risueño y bonachón, es un excelente profesor de música, y por consiguiente el organista.

Con el Prelado y estos monjes, fuimos á examinar el célebre archivo en que existen más de *sesenta mil* pergaminos curiosísimos, siendo la fecha del más antiguo del siglo V; la mayor parte son longobardos. Hay entre otros códices muy importantes, uno antiquísimo con la historia y las leyes del rey Clotario, donde en rudas miniaturas se ven su retrato, el de su caballo de batalla, y de su favorito, y tiene además dos viñetas, una en que se presenta el mismo rey jurando el código allí escrito, y otra en que está comiendo con sus cortesanos; obras ambas de una mano, de bárbaro dibujo é infeliz iluminación; pero muy interesantes por la idea que dan de los trajes, usos y costumbres de la época. También posee aquel archivo una biblia latina manuscrita en el siglo VII, en la que hay un salmo más que en la Vulgata; y vimos con gusto allí dos antiguos devocionarios, uno escrito en Francia, otro en Italia, y ambos con preciosas letras labradas, doradas é iluminaciones y miniaturas: las de uno de ellos son copias hechas con mucha inteligencia, exactitud y primor, de pinturas de *Gioto Cimabue* y el Beato Angélico. Cuida estas preciosidades, que están muy bien custodiadas, y clasificadas con inteligencia suma, un monje cojo, muy ilustrado, que ha hecho investigaciones importantes sobre los escasos documentos de los siglos tenebrosos, y que tiene amena y chistosa conversación.

Desde el archivo fuimos al coro á ver y oír un excelente órgano moderno, que tocó con gracia y facilidad el duque de Montebello, y en que luego con gran maestría y buen gusto nuestro gallego hizo cumplido alarde de su destreza. Díonose el abad una excelente taza de café Moka y una deliciosa copa de narsasquino, y despidiéndonos de él y de los monjes paisanos, y de toda la comunidad que nos acompañó hasta el vestibulo, dejamos aquel monasterio en cuyo apacible retiro escribió el célebre Filangieri sus obras.

Almorzamos muy bien en la posada de la *Cava*, y por un hermoso camino entre casas de campo y apacibles colinas, muy molestandos por el polvo y por el calor, llegamos á *Nocera*. Es esta una ciudad antiquísima, pues consta que fué saqueada por Anibal. Tiene hermoso caserío, calles anchas y muy bien enlosadas, y amenísimos y sanos contornos. En ella nació el célebre pintor *Sotimena*, de quien tenemos muchos cuadros en España. — A las tres de la tarde salimos de allí por el camino de hierro para Nápoles, á donde llegamos á las cuatro y cuarto habiendo andado en tan corto tiempo siete leguas.

Hermosísimo país he recorrido, atravesado preciosas y cultas poblaciones, admirado magníficos puntos de vista, contemplado imponentes y venerables restos de la antigüedad más remota, disfrutado de un clima delicioso; pero los tres días que duró tan deleitoso viaje

Me iba siempre acordando en sombra vana, De la dulce Sevilla y de Triana.

Nápoles 30 de mayo de 1844.